

EL MUNDO DORMIDO DE YENIA

MARÍA CAROLINA GEEL

Prólogo de Ana María del Río

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

Con la colección **Biblioteca recobrada. Narradoras chilenas**, la Universidad Alberto Hurtado busca dar nueva vida a la literatura escrita por mujeres en Chile desde el siglo XIX, con obras hoy asequibles solo en antiguas ediciones e incluso casi inexistentes en las bibliotecas de nuestro país.

Hemos seleccionado con este fin textos que consideramos atractivos para las y los lectores de hoy: desde novelas o cuentos a otras formas de relato de difícil encasillamiento genérico, debido al mismo lugar excéntrico que estas escrituras ocuparon en los campos culturales y en las inscripciones canónicas de su tiempo.

Esta selección de textos es apenas una contribución a la enorme reformulación crítica del canon y de la historiografía literaria, iniciada sobre todo por pensadoras e investigadoras que, a mediados de los años de la década de 1980, comenzaron a trabajar estratégicamente por una mayor visibilización de la escritura de mujeres en el campo cultural. Esta labor se lleva a cabo hoy a través de diversos esfuerzos académicos y editoriales, a los que nuestra casa de estudios busca contribuir.

La colección busca facilitar el acceso a personas dedicadas a la investigación —y también a lectoras y lectores de diversas edades e intereses— no solo la materialidad de estos libros, sino también recobrar las voces, las subjetividades y

mundos imbricados en ellos, que se habían tornado opacos o inexistentes en un campo cultural misógino, indiferente e incluso hostil a la creación de las mujeres.

En cada volumen de esta colección colabora una escritora o crítica, con un prólogo que busca acercar al presente estas escrituras. A todas ellas agradecemos su contribución. Para la realización de este trabajo se ha contado con un comité integrado por las editoras Alejandra Stevenson y Beatriz García-Huidobro (Ediciones UAH), junto a dos investigadores de la literatura chilena: María Teresa Johansson y Juan José Adriasola (Departamento de Literatura UAH) y Lorena Amaro, coordinadora de la colección, crítica literaria y académica (Pontificia Universidad Católica de Chile).

Cartografía del erotismo en el intenso mapa del deseo

Ana María del Río

El sitio de *Memoria Chilena* se muestra parco al mencionar a María Carolina Geel (1913-1996). Sin embargo, al hablar de su literatura utiliza potentes adjetivos que llaman de inmediato la atención: “controvertida” “irreverente” “atrevida”. ¡Como si la literatura hubiera de ser reverente, tímida y no confrontacional! Estos adjetivos sitúan pues a Georgina Silva Jiménez, taquígrafa de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas —cuyo seudónimo fue Carolina Geel—, en una posición donde su potencia de escritora queda fuera de toda duda.

El mundo dormido de Yenía es su primera novela. Aparece en 1946. En ese año, el mundo toma un breve respiro: finaliza la Segunda Guerra Mundial y se ejecuta a los acusados de Núremberg. Se produce la gran migración judía a EE. UU. y en Argentina, Perón comienza su reinado junto a la primera dama, Evita. Estados Unidos deja caer su cuarta bomba atómica en el atolón Bikini.

Y esta novela de Carolina Geel sale también al encuentro de lectoras y lectores con una potencia de bomba. A pesar del tímido intento de presentar una narración enmarcada —el típico hallazgo por un pariente de un

manuscrito en un cajón— la narración irrumpe con una potencia inesperada desde la primera frase: “La extraña sensación se renovó exactamente cuando me acercaba a admirar las vitrinas de la Casa Lerry, en el corazón de la ciudad de San Juan”.

Importa poco si San Juan queda o no en Argentina. En la *nouvelle* se configura como un lugar literario por esencia, tal como un Macondo o un Yoknapatawpha.

Esta sensación —a la que el yo narrador se refiere sucintamente como un “vestigio de la vida infinita”— revela desde el inicio su potencia y poder sobre la protagonista. Y también desde el inicio se plantea claramente esta intensidad que escapará siempre a la razón, a la lógica, al intento inútil de apresarla con el pensamiento.

E inmediatamente comienzo como lectora a vivir esta inutilidad de la razón de atrapar el espíritu y este deseo. Deseo que ha estado en nosotros, todos nosotros, más de alguna vez en nuestras vidas. Por eso, la narración —a pesar de este aparente propósito del narrador de no contar sucesos, de moverse en el “aquí no ha pasado nada”— examina concienzuda y continuamente el interior de la protagonista y produce en el lector una hipnosis que lo obliga a tragarse este vastísimo paisaje de la conciencia que es el escenario de esta primera obra de la Geel.

El mundo dormido de Yenía se plantea como una narración en que esta imposibilidad inicial, este “deseo de ser en lo hondo del pozo” va a encaramarse en mi alma de lectora desde el inicio con una ferocidad constante y desusada que no me dará tregua desde su inicio hasta su abrupto final.

Poderosamente influenciado por el tono del Proust de *En busca del tiempo perdido* —largas oraciones en las que campean sensaciones, disquisiciones y sentimientos del “me pasa a mí”— este yo narrador se hunde —cada vez más minuciosamente— en las vueltas y revueltas de su ser íntimo a la manera de un cartógrafo obsesivo, dando cuenta de todos y cada uno de los infinitos detalles del relieve de su corazón, de sus sentimientos, de sus sensaciones emocionales. El terreno de la *nouvelle* es el infinito espacio del adentro, del “yo misma”.

Todo el paisaje exterior y los pocos hechos que se narran en el texto aparecen supeditados estrechamente y en consonancia perpetua con el sentir sensual-sensorial de este yo que narra y que “me” narra inevitablemente al leerlo.

Este modo lento, ensanchado, de frase larga, repleto de adjetivos, adverbios y verbos muchas veces no pertinentes, incluso sorprendidos, da como resultado un tejido novelesco muy denso, monocorde, por momentos confesional, pero sobre todo obsesivo, tal como lo vemos en este párrafo:

Tuve conciencia de hasta dónde mi sensación parecería risible e inútil a los otros, pero, como ocurría con frecuencia, ello envolvía una sutil embriaguez de tristezas que acudían a mí, solícitas y (de) las cuales gustaba mi espíritu no desprovisto de juvenil jactancia. Cuando empujé la puerta de hierro del jardín, pensé en que encontraría dentro a Alejandro o a Hans. Y entonces ellos me fueron desconocidos, lejanos, como si les separase de mí una especie de presión atmosférica impenetrable que nunca la sombra de ninguno

atravesaría. Aún más, casi odié que existieran así, como un esfuerzo baldío cerca de mi ser. ¿Quiénes eran ellos?

Tal insistencia provoca y traspasa poderosamente al lector. Y crea en mí, lectora, la obsesión por recorrer la frase larga e inasible que Geel me tiende una y otra vez, no como anzuelo, sino más bien como prendas de ropa que se fuera sacando por partes, más que de su vestimenta, de su misma piel interior, de sus vísceras. Y eso es irresistible.

Sí. María Carolina Geel se desviste paso a paso en esta *nouvelle*. Es un lento descubrirse, sacándose de modo glorioso y exhaustivo todas las convenciones, todos los modos aceptados por las conveniencias, todos los mundos socialmente aceptados.

El obsesivo desnudarse en busca de su propio núcleo se contagia poderosamente en la verbalización de cada una de las largas, y a veces inasibles oraciones, que terminan siempre con la sensación ante mí, lectora, de que ella, el yo narrador, se ha liberado de otra prenda más, de otro recubrimiento más, de otra norma social, de otra regla.

Este afán de desnudar alma y cuerpo traspasa transversalmente toda la *nouvelle*. Este es —y aplaudo a Carolina Geel por esto— su único tema narrativo. En el libro no “pasa” casi nada. Y, al mismo tiempo, la acción galopante se impone. Los sucesos son microscópicos: una mirada, un cerrar de ojos, una dada vuelta de cabeza, el salir de una habitación, la salida del sol, las notas de una sonata u otra pieza musical, el silencio de los objetos en una pieza, el barullo de un paseo al campo, una puerta que se abre o que se cierra, la oscuridad de

una estancia. Atmósfera. La exquisita atmósfera de un ambiente cerrado.

Todo eso —a lo que no suele asignársele movimiento y en lo que muchas veces se pasa por alto— todo eso que pasa inadvertido es lo que sucede con una alta intensidad a lo largo de todo el texto de *El mundo dormido de Yenia*.

Se trata de una narración obsesiva de amaneceres con el sol irrumpiendo invasor por sobre las sábanas e iluminando el dormitorio de los modos más sorprendentes. Ello como una fórmula que predispone al sentir profundo, al vivir a concho lo no experimentado aún. Párrafos muy *María* de Isaacs:

El sol, aparecido hacía poco, lanzaba su dorada y oblicua luz sobre la copa de los árboles, los tejados ondulados y los terroncitos de tierra que en los caminos del jardín proyectaban sus alargadas sombras. En la fresca mañana flotaban fragancias vírgenes y la tierra, aún sin ruidos, parecía despertar como un mundo recién creado.

Párrafos que preceden a la narración del deseo. En este desnudarse, el yo de la narradora no tiene piedad consigo misma. Sí se permite tener miedo. Y angustia. Pero va paso a paso, inexorable en el afán de encontrar lo que busca: esa “sensación” que ella comienza declarando en la primera página.

La voz en primera persona —alternada escasa y pobremente con párrafos de un marco narrativo exterior— se impone en forma total, haciéndolos accesorios, casi inútiles. ¿Qué son? ¿Intentos de poner en una perspectiva exterior, ajustada a la lógica y a la razón la apasionante

narración de lo que sucede “puertas adentro” del corazón de la protagonista? ¿Intento de novelar “como se debe”? No lo sé. En todo caso, sobran. No son muchos, felizmente, y no logran interrumpir el vertiginoso cauce del sombrío y brillante territorio del adentro.

Ya después de las primeras ocho o nueve páginas, surge la fuerza imparable del yo, que va desmenuzando minucioso cada matiz, cada gesto, cada rayo de luz y sombra, cada célula de la huidiza y cambiante piel de la emoción. La fuerza que me abduce y me hace leerla, obsesiva, tragándome las palabras, sin posibilidad de detenerme.

Pero toda esta cartografía obsesiva del yo está hecha... en pos de un “no”. Un no que resulta pivote y llama de *El mundo dormido de Yenía*.

Hay algo que se quiere, que se añora y a lo que no se llega. El verbo “desear” campea en el territorio espacial de esta intensísima *nouvelle* sin llegar a puerto, sin alcanzar el objeto deseado... o los objetos.

Pero entonces el deseo sí se yergue, gigante y válido, por los siglos de los siglos. Porque lo que me convence, me conmueve y me compromete de este texto de María Carolina Geel es la amplitud casi infinita del deseo no alcanzado. La autora alcanza con este yo deseante perpetuo una intensidad y crudeza eróticas sin parangón con ningún texto de su generación, la de 1938, la de los escritores nacidos después de 1910, más ocupada con las “reivindicaciones del proletariado y la crítica social desde las aspiraciones de la clase media”, como dicen las historias de la literatura chilena.

El mundo dormido de Yenía es un narrar exhaustivo de lo que sucede antes del amor. Es el movimiento y el

matiz de la atracción amorosa, visitado y revisitado hasta el delirio. El redondeo del deseo expresado de infinitas formas, verbalizado obsesivamente:

Entonces me eché de espaldas, extendí los brazos y empecé a sonreírme de él, de su silbido, de mí; descubrí más allá de la ventana, entre los árboles del jardín, un trozo azul de cielo y pensé cómo sería su rostro mirado desde muy cerca. Y no quedó ni la sombra de aquella cólera. Conocía que era feliz por saberlo, en mi escondido mundo pasaban en confusión de encantamiento, reflejos de arbustos en el agua, voces de faunos en acecho, lento girar de pétalos sobre pozas dormidas.

Durante todo el día persistió tal estado absorto en aquella especie de fervor de vivir. Sabía que algo se iniciaba en algún punto de mi conciencia y mi pensamiento se mantenía en suspenso sobre ello, gustando el sensual goce de no ahondar ni conocer aún el hecho, de rechazar con molición las tentativas de mi corazón por perfilar una sensación reconocible. Había llegado a verificar ya que lo que precede ciertas cosas ofrece un encanto incomparable que, consumado el hecho, no volverá a sentirse jamás, por lo que procuraba retenerle.

El goce sensual de no conocer “aún” el amor se extiende hasta límites no conocidos. Un país en el que todo lo inventado por la piel de mi deseo es posible.

Es lo que se busca, se desea, se camina, se piensa, se sueña, se llora... y no se alcanza. Es “...el amor que huía de mí...”.

Porque frente al encuentro del amor... la huida. La huida brusca.

Frente a la palabra de él que llama, que solicita, ella huye.

Este es el núcleo potente del intenso erotismo de esta *nouvelle*: se verbaliza el deseo, la atracción hasta el delirio de este “aún no”, de este “echar a correr” antes de ser alcanzada, tocada por el amor.

Esta es Carolina Geel. Poderosa narración en esta persecución en la que el perseguido huye, rechaza y añora ser alcanzado y sujeto y amado.

Todo el hablante narrativo está dedicado continuamente a resaltar cada ángulo, cada faceta, cada detalle del flujo del amor aún “no habido”. Es una obsesión indudablemente atractiva e intensa, que captura al lector. Y también un desafío: el seguir a este narrador verbalizante hasta la locura que narra precisamente “lo que no es aún” “lo que no ha sido” “lo que podría ser”.

Un triángulo. Alejandro es el que “está cerca”, a la mano. Y el movimiento de atracción se vuelca inevitablemente hacia “el que no se tiene”, el que está lejos. Desde lo seguro, el yo narrador transitará inevitable hacia lo inseguro, lo cambiante, lo alejado imprevistamente: Hans.

Toda la descripción de Hans es en negativo: el brusco cambio de acercamientos y alejamientos; las palabras turbadoras y las burlonas; el irse y el quedarse. La ternura y la risa. El silbido agresivo y el murmullo apasionado.

Todo esto se combina con un grueso papel asignado a la naturaleza y al sonido de la emoción musical. Estos son acompañantes perpetuos del sentir amoroso en su despertar y en su no-cumplimiento. Que lleva al deseo constante.

Esta es una novela sobre la atracción perpetua, y no cumplida. Es el eros del infinito paisaje de lo que “está por suceder y no sucede” y que se extiende, obsesivo a cada momento de la narración:

Palidecimos ambos y yo bajé la cabeza sobrecargada por la sensación de que él estaba en un plano de verdad. Sentí a mi vez la necesidad de abandonar la habitación e inicié el regreso; al tocar la puerta volví la cabeza con no sé qué esperanza: se había sentado al borde de la cama, los codos sobre las rodillas y sus manos colgando entre ellas; miraba al suelo y su rostro humedecido brillaba a la luz; la prominencia de su garganta desnuda se movió, denotando todo él la decisión de sustraerse a mí. Y entonces me marché. Me dolía, me dolía insoportablemente, no sus expresiones, no. Era otra cosa, ¿qué era? La vibrante tensión del nexo entre ambos debatiéndose en las furias de inesperadas luchas y, silenciosa, la angustia infinita de ser acariciada. Una vez más el regreso a mi cuarto parecía tardar horas y horas. Y cuando ya en él me encogí en el lecho como un antílope infeliz, hundiendo el rostro entre las ropas, la desesperación se agrandó turbulenta e hizo trizas la barrera de toda desesperación, de toda especulación defensiva. Mi cuerpo de mujer era infeliz y me agazapaba sin querer saber otra cosa que lo (que) era. Yo escuchaba romperse las luminosas fibras de la alegría de amar.

Este mapa del deseo no alcanzado —de un erotismo intenso, no hay nada más “ardiente” que una expectativa no cumplida— se desparrama en un momento de la narración.

Cuando ya yo, como lectora, estoy sumergida en la obsesión de su lectura, cuando casi no puedo respirar por la ansiedad que me provocará el próximo “no”, la próxima huida frente al amor, el próximo “romperse” de las fibras del corazón.

Allí el deseo se extiende como un aceite, alcanza a dos sujetos masculinos y también a una mujer, una Loreta, que se suma a esta sensación de intenso tocar, de potente atracción de parte del narrador.

La presentación de Loreta se produce en un momento en que la voz narrativa abandona este tono hipnótico del deseo y de su movimiento de seducción perpetua para intentar presentar una “realidad concreta”.

Asistimos así a un ingenuo diálogo sobre el comunismo, muy generación de 1938, donde la protagonista se presenta ingenuamente como comunista después de alguna frase a favor de los explotados del mundo. Si hubiera estado en mí el ser editor de María Carolina Geel hubiera tachado este diálogo que sorprende y extraña al lector, ya abducido por la erótica potencia de este yo seductor, interrumpiendo el hilo de la seducción lograda e intercalando una escena “real” que en nada aporta a la potencia de esta *nouvelle*. Sin embargo, este par de páginas no hace mermar en absoluto la fuerza de esta hipnosis.

El tono se retoma con la seducción causada en el yo por la aparición de Loreta, en la que se coquetea con la atracción provocada por un ser del mismo sexo:

...alguien rodeó mi cintura con ardientes manos, haciéndome estremecer extrañamente y diciendo tras de mí: “Tienes lindo talle, Yenía”. Me volví bruscamente. Era

una muchacha alta, muy bella y un tanto maciza, llamada Loreta, que iba por primera vez a su casa. Le sonreí con cortesía y la incorporé al grupo. La conversación varió y pasado un momento me pareció que continuaba en mi cintura, patente, la presión de las manos de la muchacha. La miré sorprendida. Sus ojos azules se encontraron con los míos, y al choque, se produjo una chispa que me era desconocida. Desvié la vista y por largo tiempo me quedé desconcertada, casi humillada, sin saber si debía mirarla nuevamente, cosa que deseaba fuertemente y no quería en absoluto, por presentir en ello un mundo algo tortuoso. La alegría de las copas de cristal iridiscente amenazaba desaparecer.

Así la fuerza del deseo envuelve ya toda la superficie de la vida de la protagonista: Alejandro, su primo; Hans, el vecino, y Loreta, la invitada.

Todo pareciera que al presentarse como “múltiple”, al mostrar este sentirse fuertemente atraída por los dos hombres y por la muchacha viniera a bajar el deseo en intensidad e importancia, restándole al mismo tiempo credibilidad a la voz narradora.

Sin embargo, no ocurre así en absoluto. ¿Por qué? Porque con extrema habilidad el yo narrador presenta a estos tres núcleos de atracción y deseo amoroso de forma única, aparte e individualizada.

Cada uno de estos mundos, de estos cuerpos y almas que desea la protagonista son absolutamente distintos y no se topan entre sí. El yo “deseante” se acerca a ellos, se siente atraída por su unicidad, por las sensaciones completamente distintas que le provoca cada cual.

Frente a su primo Alejandro, la protagonista mantiene un deseo callado, intuido por ambos, sin que ninguno de los dos se atreva a cruzar el puente:

Y he aquí ahora a mi primo, moreno y joven, ante el cual soy yo una mujer. Le pedí que anudara el lazo de mi delantal, cosa que hizo con cuidadosa y delicada torpeza; sobre mi nuca sentía el deseo de él de oprimirme contra sí y sonreí en la certeza de que no lo haría ante el temor de ser sorprendido por la tía que trajinaba en su cuarto, o por algún sirviente. Pero al volverme, como otras veces, el breve y denso instante de su contenido deseo fue reconocible en sus ojos....

...Si hubiese ido sola, cerrara los ojos y me entregara, libre a aquel aire que conocía en mí un amor innumerable, deliciosamente inhumano. Porque era casi irresistible el deseo de avanzar a su encuentro y ofrecerle la pasión que por él había concebido de pronto, como si estuviese en inminencia de revelármese un algo no perceptible por mis sentidos sino por una especie de excederse de mi ser en sus atributos.

El paisaje interior y el objeto del deseo cambia cuando la protagonista se encuentra frente a Hans:

De pronto oí la voz de Hans que llamaba a Alejandro desde la verja. Era una voz profunda y joven. Y él era en mí algo enredado. Desde luego, siempre que lo miraba concluía que él era cabalmente bello. La línea de su nuca a sus hombros, la forma de su espalda, sus piernas largas y poderosas bajo su pantalón, su andar flexible, todo él se conformaba

maravillosamente a una emoción de belleza que yo consignaba al hombre.... era rudo, salvaje y parecía nacido de una raza que nunca tocó la mía. ¿Me gustaba? No lo sabía aún. Únicamente verificaba que su presencia producía siempre un desquiciamiento en mi ánimo... Me mordí el labio y subí corriendo a mi cuarto. Allí me tendí de bruces en la cama y atormenté las ropas en un rapto de furia que me llevó hasta el llanto. Él, un desconocido, era poderoso, podía ser rudo y yo debía soportarlo.

...Buscaba los mil modos de humillarlo, de decirle algo terrible. Pero tampoco eso le dolería. ¿Dónde, dónde era él vulnerable? De pronto, con la cara mojada y mi rubio pelo hecho una lástima, me senté en el lecho, sobre los talones y llevándome el índice y el meñique a los labios, traté en vano de producir aquel sonido...

...Entonces me eché de espalda, extendí los brazos y empecé a sonreírme de él, de su silbido, de mí; descubrí más allá de la ventana, entre los árboles del jardín, un trozo azul de cielo y pensé cómo sería su rostro mirado desde muy cerca. Y no quedó ni la sombra de aquella cólera. Conocía que era feliz por saberlo, en mi escondido mundo pasaban en confusión de encantamiento, reflejos de arbustos en el agua, voces de faunos en acecho, lento girar de pétalos sobre pozas dormidas.

Finalmente, Loreta también atrae breve pero intensamente la atención y el deseo de este erótico yo narrador hasta que a la atracción se le pone, de un plumazo, un punto final:

De improviso entramos a un sendero estrecho, cerrado a ambos lados por abundante zarza; el paisaje cambió y la presencia de Loreta fue haciéndose evidente, inevitable. Entonces pensé: “Puesto que no me es ella repugnante de ningún modo, bien podría amarla, y hasta amarla como ella quiere”. La miré, y algo así como una sequedad refractaria me aisló, a la vez que comprobaba que era una mujer de estupenda belleza....

...Pero bruscamente imaginé cómo sería la dulce redondez de sus senos y el sedoso contacto de las sombras que acarician los muslos; y me invadió el pudor, porque tal imagen no se prendió a ningún impulso amoroso de mi índole siempre atenta, sino que ella abrió el recuerdo de la sensación de espera que envolvía a veces mis propios miembros y cuya plenitud respondería solo a los nervios imperiosos de un hombre. Es decir, lo que hubiese en ella de seductor, se fijaba paralelamente junto a lo que yo podría a mi vez ofrecer de igual naturaleza a aquel. En consecuencia, no se produjo una correspondencia o anhelo, y sí una semejanza. Tal premisa cerró ya por entero toda posibilidad de acercamiento.

Así, el deseo de Loreta desaparecerá para no volver. Todo este vaivén del deseo erótico, continuamente mezclado con la “sensación” presentada al inicio de —esa mezcla de desánimo, miedo y ansias vibrantes del espíritu— este “deseo de ser en lo hondo del pozo” produce en la voz narrativa la vivencia de no ser un ser ajustado a lo que se espera, a las normas, a las convenciones.